

¡Cuentos de hadas para el teatro!

Cenicienta o La Zapatilla de Cristal, Charles Perrault.

Hace muchos años, hubo un caballero que después de enviudar, tuvo como segunda esposa a una mujer también viuda que era de lo más orgullosa y altanera que podría imaginarse. Ella tenía dos hijas propias, que eran, sin ninguna duda, exactamente igual a su madre en todos sus defectos. El caballero también tenía una joven hija, con un temperamento tan bondadoso y tan dulce, que ella heredó de su madre, que hacía que no hubiera otra criatura mejor en el mundo.

No habían pasado muchos días desde la boda, cuando el mal temperamento de la nueva esposa la empezó a delatar tal como era. Ella no soportaba la bondad de la joven hijastra, porque eso hacía aparecer a sus hijas como odiosas. La madrastra le daba a ella los trabajos más duros de realizar en la casa, lavar los platos, preparar las mesas, pulir los pisos y limpiar las habitaciones completamente. La pobre muchacha tenía que dormir en el desván, sobre una miserable cama de paja, mientras que las hermanastras ocupaban finas habitaciones con pisos adoquinados, sus camas eran de la última moda, y tenían amplios espejos para mirarse de cuerpo entero. La pobre muchacha lo soportaba todo pacientemente, y no se atrevía a contárselo a su padre, quien la habría regañado por ello, ya que la nueva esposa lo dominaba completamente.

Cuando ella terminaba su labor, acostumbraba ir a la esquina de la chimenea, y sentarse entre las cenizas, de ahí que la llamaran "Escarbacenizas". La más joven de las hermanastras, que no era tan ruda y grosera como la mayor, la llamó "Cenicienta". Sin embargo, Cenicienta, a pesar de sus vestidos humildes, estaba siempre mucho más hermosa que las otras, y eso que ellas usaban lujosa ropa.

Sucedió que el hijo del rey preparó un festival, e invitó a todas las personas de la alta sociedad. Nuestras muchachitas fueron invitadas también, pues ellas mostraban gran prestancia entre la gente del pueblo. Ellas se emocionaron con la invitación, y estuvieron maravillosamente ocupadas escogiendo vestidos, enaguas, sombreros y todo lo que pudiera venirles mejor. Eso le aumentó la carga de trabajo a Cenicienta, pues tenía que plancharles toda aquella vestimenta y plegarle los paletones. Durante todo el día sólo hablaron de cómo irían vestidas.

"Por mi parte"- dijo la mayor, "-me pondré mi traje de terciopelo rojo con las guarniciones francesas"-

"Y yo"- dijo la menor, "-usaré mi falda de costumbre, pero para que haga juego con ella, me pondré mi capa con flores doradas, y mi prendedor de diamante, que está muy lejos de ser el más ordinario del mundo."-

Ellas enviaron por las mejores peinadoras que pudieron encontrar para que las peinaran con un estilo maravilloso, y compraron cosméticos para sus mejillas. Cenicienta era consultada en todos estos asuntos, ya que tenía buen gusto.

¡Cuentos de hadas para el teatro!

Ella, que no era rencorosa, siempre les indicaba lo mejor, y también les ofrecía sus servicios para arreglar sus cabellos, que ellas aceptaban que lo hiciera.

Y mientras ella les ayudaba con eso, las hermanas preguntaron:

- "Cenicienta, ¿no te gustaría ir al festival?" -

- "Jóvenes damas" - dijo ella, - "sé que solamente se están burlando de mí. Bien saben que no estoy presentable como para ir ahí." -

- "Tienes razón" - respondieron, - "la gente se reiría de ver a una Escarbacenizas en el festival." -

Todas, menos Cenicienta, habían arreglado sus cabellos retorcidos, pero ella lo tenía bonito por naturaleza, y le lucía perfectamente bien. Las dos hermanastras pasaron dos días de ayuno, pero los pasaron con gusto. Rompieron como una docena de lazos tratando de ponérselos ajustados, para aparentar una fina y delgada figura, y continuamente se veían al espejo.

Por fin, llegó el dichoso día y ellas fueron al palacio, y Cenicienta las siguió con sus ojos tan lejos como pudo, y cuando se perdieron de vista, se puso a llorar.

Su hada madrina, al verla en lágrimas, se presentó y le preguntó qué le sucedía.

- "Yo quisiera poder, yo quisiera poder..." - pero no podía terminar la frase por el llanto.

Su madrina le dijo:

- "Tú deseas poder ir al festival, ¿no es así?" -

- "¡Sí, claro!" - dijo Cenicienta suspirando.

- "Bien" - dijo su madrina, - "sé una buena chica y yo haré que vayas." -

Entonces ella la llevó a su cámara, y le dijo:

- "Corre al jardín y tráeme una calabaza." -

Cenicienta salió a coger la mejor que podía, y se la trajo, y no se imaginaba como esa calabaza la ayudaría a ir al festival. Su madrina le sacó todo el interior a la calabaza, quedando sólo la cáscara intacta. Entonces la golpeó con su varita, y la calabaza se convirtió al instante en un fino y dorado carruaje. Y fueron entonces a ver la trampa de ratones, donde encontraron a seis, todos vivos. Ella le ordenó a Cenicienta levantar la tapa de la trampa, y a medida que salía cada ratón, le daba un toqucito con su varita, y se convertía en el acto en un fino caballo, y los seis hicieron un gran conjunto, con un bello color gris vareteado.

¡Cuentos de hadas para el teatro!

Como faltaba un cochero, Cenicienta dijo:

"Voy a ver si no hay una rata en la trampa para ratas, que pudiera hacer de cochero."

"Tienes razón"- replicó la madrina, "-ve y mira."

Cenicienta le trajo la trampa para ratas, en la que había tres grandes ratas. El hada escogió a la que tenía la barba más larga, y tocándola con su varita, se tornó en un gordito cochero con el más fino bigote y patillas nunca antes vistos. Tras eso, ella le dijo a Cenicienta:

"Ve al jardín, y encontrarás a seis lagartijas detrás de la vasija de agua, y me las traes."

No más las llevó, y la madrina las transformó en seis pajes, que se colocaron inmediatamente junto al coche, con sus uniformes todos bordados con oro y plata, y allí se estuvieron a la orden, como si nunca en su vida hubieran hecho otra cosa.

Entonces el hada dijo a Cenicienta:

"Bueno, ya ves aquí un carruaje apto para ir al festival. ¿No te gusta?"

"¡Oh, sí!"- gritó ella, "-pero ¿debo ir en estos harapos?"

Su madrina simplemente la tocó con su varita, y, en ese instante, sus vestidos se tornaron de oro y plata, y decorados con joyas. Hecho eso, ella le dio un par de las más preciosas zapatillas de cristal que pudiera haber en el mundo entero. Estando ya así arreglada, montó en el carruaje, y su madrina le ordenó, que sobre todas las cosas, no se quedara pasada la media noche, y le advirtió, que si se quedaba un minuto más, el coche volvería a ser calabaza, sus caballos ratones, su cochero rata, sus pajes lagartijas, y sus vestidos harapos."

Ella le prometió a su madrina que no le fallaría en dejar el festival antes de media noche. Ella salió, apenas pudiendo contenerse de la felicidad. Cuando llegó, le notificaron al hijo del rey que una gran princesa, que nadie conocía, había llegado, y corrió a recibirla. Le dio su mano para salir ella del coche, y la llevó al salón donde estaba reunida el resto de la gente. Se hizo un profundo silencio, todos dejaron de bailar, los violines cesaron de tocar, tan atraídos estaban todos por la singular belleza de la recién llegada. No se oía nada, excepto un susurro de voces diciendo:

"¡Oh!, ¡Qué bella que es!, ¡Qué linda!"

El mismo rey, que ya era viejo, no podía apartar sus ojos de ella y le dijo a la reina en su oído que hacía muchísimo tiempo que no veía a una tan bella y adorable criatura.

¡Cuentos de hadas para el teatro!

Todas las damas tomaban nota de su vestido y su sombrero, así el próximo día podrían ellas hacer el mismo patrón, proveyendo encontrar tan finos materiales y unas manos capaces de hacerlos.

El hijo del rey la condujo a la silla de honor, y luego la sacó a bailar con él. Ella bailó tan graciosamente, que cada vez era más y más admirada. Un refrigerio fue servido, pero el joven príncipe estaba tan ocupado con ella, que no probó un bocado.

Cenicienta fue y se sentó junto a sus hermanastras, mostrándoles a ellas gran cortesía, y dándoles entre otras cosas parte de las naranjas y limones que el príncipe le había regalado. Esto las sorprendió mucho, pues no había sido presentada a ellas.

En eso escuchó que el reloj daba un cuarto para las doce. Ella entonces se despidió de los asistentes y salió lo más rápido que pudo.

Tan pronto llegó a la casa, corrió donde la madrina, y dándole las gracias, le contó lo mucho que desearía poder ir al festival al día siguiente, ya que el hijo del rey se lo había pedido. Estaba ella emocionadamente contando a su madrina lo sucedido esa noche, cuando llegaron las dos hermanas y tocaron a la puerta. Cenicienta les abrió.

-¡Tanto que tardaron!"- dijo ella, bostezando, frotándose los ojos, y estirándose como si acabara de despertar.

Ella no tuvo, sin embargo, ningún motivo para dormir desde que ellas salieron de la casa.

-"Si hubieras estado en el festival"- dijo una de las dos hermanas, -"no te hubieras aburrido ahí. Llegó allá la más fina princesa, la más bella que haya visto mortal alguno. Ella nos mostró miles de cortesías, y nos regaló naranjas y limones."-

Cenicienta no mostró ninguna reacción con ello. Y más bien, les preguntó el nombre de la princesa; pero le dijeron que no lo sabían, y que el hijo del rey quedó muy interesado, y que daría todo el mundo por saber quien era. Y Cenicienta, sonriendo, respondió:

-"¿Entonces era ella tan bella? ¡Qué afortunadas que han sido! ¿No podría verla yo? ¡Ah! querida Carlota, préstame tus trajes amarillos que usas cada día."-

-"¡Ah sí, cómo no!"- gritó Carlota, -"¡prestar mis vestidos a una tan sucia Escarbacenizas como eres tú! ¡Ni loca que estuviera!"-

Cenicienta, por su parte, esperaba una respuesta semejante y se alegró del rechazo; pues se hubiera visto en gran aprieto si hubiera aceptado prestarle el vestido que ella burlonamente le pidió. Al día siguiente las dos hermanas fueron al festival, y también lo hizo Cenicienta, pero vestida aún más

¡Cuentos de hadas para el teatro!

exuberante que la vez anterior. El hijo del rey siempre permaneció a su lado, y sus bellas palabras para ella nunca cesaban. Estas de ninguna manera incomodaron a la joven dama. Y de seguro, ella olvidó las órdenes de su madrina, de manera que ella oyó al reloj empezar a dar las doce, y que sólo le quedaban once campanadas. Ella se levantó súbito y huyó, tan rápida como un venado. El príncipe la siguió, pero no la alcanzó. A ella se le cayó una de las zapatillas de cristal, que el príncipe guardó muy cuidadosamente. Ella llegó a casa, casi sin aliento, sin carruaje, y en sus viejos vestidos, sin ninguno de sus adornos, excepto una de sus pequeñas zapatillas, la compañera de la que se le había perdido. Los guardias del palacio fueron interrogados si no habían visto salir a una princesa, y ellos contestaron que no habían visto a nadie más que a una joven, muy sencillamente vestida, que tenía más el aire de una campesina pobre que el de una joven dama.

Cuando las dos hermanas volvieron del festival, Cenicienta les preguntó si lo habían pasado bien, y que si la fina dama estuvo allí también. Ellas le dijeron que sí, pero que ella se retiró velozmente cuando daban las doce, y con tanto apresuramiento que perdió una de sus pequeñas zapatillas de cristal, la más bella del mundo, y que el hijo del rey la había guardado. Le dijeron, además, que no había hecho más que mirarla todo el tiempo, y que lo más seguro es estaba perdidamente enamorado de la bella dueña de la zapatilla.

Lo que ellas decían era cierto; por algunos días después, el hijo del rey mandó a proclamar, con sonido de trompetas, que el se casaría con la joven a quien la zapatilla le calzara exactamente. Entonces probaron con las princesas, luego con las duquesas, y con las cortesanas, pero todo en vano. Llegó el turno de probarlo a los dos hermanas, que hicieron lo imposible para que el pie le entrara en la zapatilla, pero no sucedió. Cenicienta, que vio eso, y conocía su zapatilla, dijo:

"Permítanme ver si no me calza a mí."

Sus hermanastras soltaron una breve risa y comenzaron a burlarse de ella. El caballero que fue enviado a probar la zapatilla miró atentamente a Cenicienta, y viéndola muy hermosa, dijo que era justo que ella la probara, y que tenía órdenes de dejar que toda dama la probara.

Él obligó a Cenicienta a sentarse, y, poniendo la zapatilla en su pequeño pie, encontró que entró muy fácilmente, y que le calzaba tan bien como si hubiera sido hecho de cera. El asombro de las dos hermanas fue inmenso, pero lo fue aún más cuando Cenicienta sacó de su bolso la otra zapatilla y la colocó en su otro pie. Ahí mismo, llegó su madrina, quien, tocando los vestidos de Cenicienta con su varita, los hizo más maravillosos que todos los que había usado antes.

Y ahora las dos hermanastras acataron que la bella dama que ellas vieron en el festival era Cenicienta. Ellas se tiraron a sus pies para pedirle perdón por sus maltratos a ella. Cenicienta las levantó, y abrazándolas les dijo que las perdonaba de todo corazón, y les pidió que la quisieran siempre.



¡Cuentos de hadas para el teatro!

Cenicienta fue llevada al joven príncipe, vestida como estaba. Él la encontró más esplendorosa que nunca, y a los pocos días, la desposó. Cenicienta, que era tan buena como bella, dio a sus dos hermanastras un hogar en el palacio, y ese mismo día ellas también se casaron con importantes señores de la corte.